

Apertura económica y pobreza

Araceli Damián*

El paquete de reformas económicas aplicado para enfrentar la crisis de la deuda de los ochenta prometía impulsar el crecimiento económico y, mediante la filtración por goteo de los beneficios, reducir la pobreza. Entre las reformas se incluyó la liberalización de los mercados de bienes. Sin embargo, los beneficios prometidos aún no llegan a la mayoría de la población en México.

Mientras que los defensores del modelo neoliberal afirman que ello se debe a las “inacabadas” reformas estructurales, diversos analistas han afirmado que el problema fundamental radica en las falacias teóricas sobre las que los neoliberales y tecnócratas internacionales han construido sus propuestas (véase el documento del premio Nobel en economía Joseph Stiglitz, “El rumbo de las reformas. Hacia una nueva agenda para América Latina”, *Revista de la CEPAL*, 80, Agosto, 2003, pp. 7-40).

Según Stiglitz, los precursores de la liberación del comercio a ultranza supusieron que si los salarios eran lo suficientemente bajos, las empresas considerarían rentable contratar más trabajadores. Sin embargo, la experiencia en América Latina mostró que el empleo no creció lo suficiente y “los salarios bajaron aún más, empobreciendo todavía más a los pobres.” Stiglitz afirma que los arquitectos de la reforma neoliberal hicieron oídos sordos tanto a la teoría como a las pruebas empíricas que demuestran que la baja de los salarios puede hacer disminuir la productividad, de tal manera que la demanda de mano de obra aumente poco o disminuya.

Diversos factores han influido para que la economía mexicana no logre los niveles de crecimiento observados antes de la crisis de la deuda. Conjuntamente con la liberalización de los mercados se aplicaron políticas que buscaban restablecer los equilibrios macroeconómicos, aunque éstas al ser procíclicas han frenado el crecimiento económico (por ejemplo, el alza en las tasas de interés). Asimismo, se liberalizaron los mercados de capitales, sujetando la economía nacional a los caprichos desestabilizadores de los capitales golondrinos. Por otro lado, los gobiernos posteriores a la crisis abandonaron su papel activo en la economía,

dejando a la deriva y expuestas a la desleal competencia internacional a las diversas ramas productivas nacionales.

La liberalización comercial en México inicia en 1986 al incorporarse el país al Acuerdo General sobre Aranceles y Tarifas (GATT por sus siglas en inglés). Sin embargo, el crecimiento de las exportaciones estuvo ligado más a las constantes devaluaciones de la moneda, que a una política encaminada a fomentar la exportación. La apertura económica se intensificó con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN) en 1994. No obstante, para esa fecha la proporción de importaciones que requerían permisos de importación había descendido a menos del 2% en comparación con el 100% en 1983.

De esta forma las importaciones y exportaciones como proporción del Producto Interno Bruto pasaron del 28% en 1994 a 48% en el 2002, en términos reales. Por otra parte, se redujo la dependencia de las exportaciones petroleras, que representaban el 70% del total en 1970 a 9% en 2002 (Héctor Guillén, 2003, El modelo mexicano de desarrollo: balance y alternativas”, ponencia presentada en el Seminario Internacional *Nuevos caminos para el desarrollo sustentable en México*, El Colegio de México, Octubre 20 y 21).

Guillén afirma que si bien la liberalización de bienes en México trajo consigo una mayor participación del país en el comercio internacional, el sesgo antiexportador del modelo de sustitución de importaciones fue reemplazado por un sesgo proimportador. Bajo este nuevo modelo se constata una desustitución de importaciones. Así entre 1988 y 1998 por cada 1% de aumento en el PIB las importaciones crecieron en 3%, generando déficit comercial. El nuevo modelo exportador se ha sustentado en el crecimiento de la industria maquiladora y en las actividades exportadoras de las empresas multinacionales que se caracterizan por su escaso eslabonamiento productivo interno (3% de proveedores nacionales) y la utilización de mano de obra con bajos salarios y sin protección laboral.

A pesar de que los promotores del neoliberalismo han puesto a México como uno de los ejemplos de éxito en términos de su apertura económica, la pobreza continúa en ascenso. El modelo exportador tiene su ámbito de acción en las

ciudades. Si éste fuese exitoso esperaríamos una baja en la pobreza urbana. De acuerdo con el Método de Medición Integrada de la Pobreza (MMIP), en las localidades urbanas (mayores a 2,500 habitantes) ésta aumentó de 68.5% en 1994 (año que entró en vigor el TLCAN) a 75.6% en el 2000. Si bien el incremento se debió sobre todo a la crisis financiera de 1995-1996, durante el presente siglo el crecimiento de la pobreza urbana no ha podido frenarse.

En 2004 la pobreza afectaba al 77.6% de la población urbana. Las próximas elecciones presidenciales abren la puerta para que quien salga vencedor pueda utilizar el “bono democrático” para renegociar los términos en que México se ha insertado en los mercados globales. Asimismo, podrá aprovechar la legitimidad que el voto de la mayoría le otorga para promover con los empresarios un crecimiento económico basado en actividades generadoras de empleo. México lo necesita.

*El Colegio de México, adamian@colmex.mx